En el teatro de Batignolles se representaba aquella noche un drama que se habia repetido cien noches seguidas en el del Ambigú Cómico.

En este drama hacía la señora Bobino un papel de marquesa, y todos los personajes de esta comedia hablaban sucesivamente de su noble porte y aire de gran señora.

Un peloton de jóvenes penetró en la cerveceria, llevando á Héctor á la cabeza. Este grupo salió del teatro, aprovechando un entreacto, para solazarse un poco.

—¡Ehe! patron—gritó Begourde al dueño del establecimiento,—cuatro copas en seguida.

Héctor pagó el gasto; y como todos conocian la íntima amistad que le unia á la comedianta, le pagaron su escote deshaciéndose en alabanzas para la cómica.

—¡Soberbia!—dijo uno de ellos,—admirable ha estado la señora Bobino.

—Inimitable—dijo otro—como mujer de mundo y aire distinguido.

—¡Vaya! si era una marquesa verdadera—añadió un tercero.

Begourde dió un violento puñetazo sobre la mesa, rompiendo el mármol y haciendo caer los vasos.

—¡Una mujer de mundo! ¡una marquesa!—dijo á carcajadas,—me haceis reir: ¡yo he conocido mujeres de mundo! ¡yo he conocido marquesas! pero esto no hace al caso.

XXXII

La declaracion que Héctor acababa de hacer por sus últimas palabras, fué acogida con una risa estrepitosa.

—¿Conoces pues el barrio de Saint-Germain?—dijo uno de los comensales.

—¿Y de Saint-Honoré?—dijo otro.

—¿Y por qué nó?—contestó Begourde,—me parece que mi aire me permite presentarme en cualquier parte. Tengo buenas condiciones, y hasta me atrevo á decir sin fatuidad que puedo inspirar envidia á cualquier gomoso.

—¿Y por lo tanto te persiguen las condesas?—dijo un tercer interlocutor.

—Yo he hablado de marquesas.... y sobre todo de una.....

—¿Auténtica?

—Con treinta y seis cuarteles en el escudo; os lo aseguro á fé mia.

—Que se nos cuente esa aventura.... Te escuchamos, empieza.

—¡Ni una palabra mas!—dijo Begourde,—

un hombre decente como yo me precio de ser, no debe propalar el secreto de ciertas debilidades, cuyo fruto ha recibido.

Nueva explosion de risa general, seguida de esta pregunta:

—¿Entonces es decir que te haces fuerte con el *órden moral?* No comprendo.

—Me figuraba que tus opiniones políticas te prohiben transigir con la nobleza.

Begourde, haciendo un gesto de desden, contestó:

—La política no tiene nada que ver con las mujeres; ademas, como la marquesa de que se trata tiene el pelo rojo, entra en mi programa y podria muy bien servir para hacer un retrato de la Libertad.

—Y entre tanto que ella puede servirte de modelo, te mofas de nosotros.

—Nó, en verdad; callémonos, porque si la señora Bobino se enterara sería capaz de arañarme.

La conversacion quedó interrumpida por la llegada de un amigo de Begourde, á quien éste habia pedido hospitalidad algunas veces por los motivos que ya conocemos.

—¿Tú por aquí?—exclamó el recien llegado, que se llamaba Victor Petit, estrechando la mano de Héctor—¿Qué es de tí? Hace ocho dias que no te veo por ninguna parte.

—He estado en el campo.

—Tengo una carta para tí.

—¿De quién?

—No lo sé; un jóven no muy bien vestido y con trazas de curial la dejó en la porteria, diciendo al portero que hiciera el favor de entregarla. Aquí la tienes.

Begourde cogió la carta que su amigo le presentaba.

El sobre llevaba puesto en un ángulo las palabras *muy urgente;* rompió el sello, y desdoblando una hoja de papel azulado que encerraba, leyó el menbrete, que decia:

"Agencia Roch y Fumel. Rue Montmartre, número 131 (cerca de la Bolsa y el boulevard)."

Debajo habia escritas las palabras siguientes:

"*Los señores Roch y Fumel—(centencioso, cobros)—ruegan al señor Begourde (Héctor), de profesion pintor, tenga la bondad de pasar por su despacho en propio beneficio, tan luego como reciba la presente.*

"*Urgente.—Todo retardo sería lamentable,*"

Héctor arrugó el papel, y torciéndole en forma de torcida, le acercó á la luz, y prendiéndo-

le fuego se sirvió de él para encender un cigarro.

—¿Será una carta de alguna marquesa?—preguntó riéndose uno de sus camaradas.

Begourde se encogió de hombros y contestó:

—Una carta de los señores Roch y Fumel, que seguramente están ecargados por alguno de mis acreedores para perseguirme; buen negocio han hecho, segun la comision que van á cobrar; pero, ¿como es que estos señores saben que soy amigo de Victor Petit?

Aún no habia tenido tiempo suficiente para responderse esta pregunta, cuando entraron del brazo dos jóvenes que se encontraban respecto de Héctor en la misma situacion que Victor Petit, puesto que no hacia mucho tiempo que aquel habia pasado algunas noches acostado en los divanes de sus talleres.

—¿De donde sales, querido Totor?—dijo uno despues de estrechar su mano.—Te hemos buscado inútilmente por todas partes.

—He estado fuera.... ¿queríais alguna cosa de particular, mis queridos amigos?

—Entregarte tu correspondencia.

—¡Una carta!—exclamó Begourde.

—Mas que eso todavia, Totor: dos cartas, una cada uno con las señas á tu nombre, y la indicacion de muy urgente; pero aunque preguntábamos por todas partes, nadie nos daba razon de tí.

Y con aire gracioso presentaron á Begourde las dos cartas con sobre grís, exactamente iguales entre sí y al parecer tambien á la que acababa de recibir, y que aún estaba á sus piés en el suelo de la cerveceria.

Héctor rompió el sobre, y sacó los azulados papeles; y desplegándolos y confrontándolos, leyó en alta voz:

"*Agencia Roch y Fumel:* rue Montmartre, núm. 131 (cerca de la Bolsa y el boulevard)."

—Bueno; ¿qué os parece de esto?

—¡Es raro!—dijeron los allí presentes.

Pero fué mucho mas raro todavia cuando se vió llegar un poco despues á tres amigos de Begourde, llevando cada uno de ellos una carta igual á las anteriores y dirigidas tambien al mismo.

La extrañeza de Héctor se convirtió en mal humor.

—¡Ah!—dijo uno,—Roch y Fumel, por lo que se vé, son unos tunantes de marca mayor; ¿acaso tienen á sus órdenes una policia tan buena que haga perder la pista á todos tus amigos? ¡Desconfía, Totor! si tienes cualquier cosa donde quiera que sea, esa gente quiere hacerte alguna jugarreta.

—Yo creo—dijo Begourde para sí,—que es-

ta gente me ha olido los quinientos francos (un poco desfigurados ya) que tengo en el bolsillo, y tratan de entrar en conocimiento con ellos. Los desafio á que lo hagan.

Los vasos estaban vacios, habian fumado un cigarro y se terminaba el entreacto; la banda artística y bohemia abandonó la cerveceria para volver al teatro, porque era menester aplaudir en el quinto acto á la nueva estrella de Batignoles.

Este y la actriz tuvieron un éxito ruidoso, y los improvisados alabarderos se volvieron á la cerveceria, donde debia juntárseles la ex-señora Bobino, hoy Celanire, despues de desnudarse para tomar en su compañía una ligera cena.

Hacia mas de un cuarto de hora que un nuevo personaje, completamente desconocido de todos los parroquianos, se habia instalado en el fondo de la sala fumando en una pipa de barro y bebiéndose un bock á pequeños tragos.

A este personaje no le abonaba su traza; tendria unos treinta años próximamente y era de mediana estatura, muy flaco y vestido de una manera miserable.

Su rostro, pálido y apergaminado, le daba un aspecto de cínico y astuto; y su cabello, que pudo ser en otro tiempo casi negro, tenia al presente un color indefinible.

Su conjunto era tan característico, que Héctor, apenas le vió, dió un codazo en la espalda al compañero que tenia mas próximo, diciéndole en voz baja:

—¡Mucho cuidado! ese caballero que se encuentra allí me dá muy mala espina y no me deja ninguna duda de que es nn agente de los los señores Roch y Fumel.

—No digais mi nombre delante de él.

—Basta.

—Y tú, Victor—continuó Begourde,—ten la bondad de llegarte al teatro y decirle á la señora Bobino que la consigna es callarse.

—Al momento.

La cena estaba pedida anticipadamente, y estaban ya puestos los cubiertos en la mesa; la sopa de cebolla arrojaba un penacho de vapor desde la gran sopera en que estaba servida: la cerveza de Strasburgo estaba espumante en los vasos.

Se esperaba únicamente á la cómica.

Se sentaron los comensales, teniendo muy buen cuidado de dejar el puesto de preferencia á la derecha del anfitrion.

No bien se hubieron sentado, cuando el desconocido, de aspecto sospechoso, se levantó sin abandonar su pipa, y acercándose al coro saludó colectivsmente, y preguntó con voz algo acatarrada:

—Tendreis la bondad de indicarme cuál es el señor Héctor Begourde, de profesion pintor.

Los jóvenes se miraron entre sí.

—¡Begourde!—dijo uno de ellos,—está en Roma con un inglés.

—Nó—dijo otro,—está en Turquía con un ruso.

—Estais equivocados—dijo un tercero,—porque está en Egipto con un griego.

—Y tardará algun tiempo en volver—dijo el mismo Héctor,—ha alquilado un piso entresuelo en la mas pequeña de las pirámides, y piensa permanecer allí una temporada.

El desconocido escuchó con bastante seriedad esta lluvia de bromas, saludó nuevamente con mucha cortesia, y continuó:

—Gracias por vuestra atencion, señores; bien veo que está muy lejos el señor Begourde; pero si por casualidad le viéseis esta noche, tened la bondad de decirle que se pase mañana sin falta por ia agencia Roch y Fumel, rue Montmartre, 131, cerca de la Bolsa y el boulevard, para negocios muy importantes y que le conciernen. Es en su propio interés.

Y el agente se volvió á sentar, encendió otra pipa, y pidió un segundo vaso de cerveza.

En este momento se produjo un sordo rumor, y fué acogida la entrada de la señora Bobino con una triple salva de aplausos, seguida de un hurra frenético.

La que en otro tiempo habia sido la estrella

coreográfica del Luxembourg, y que al presente lo era del drama de Batignolles, era una morena hermosa, de buenas formas, espléndida cabellera, mirada penetrante y boca sonriente, con aire insolente y modesto á la vez.

En el tiempo en que usaba el calzon de punto y el corsé regente, se hablaba ya de su aire esbelto y de la belleza de sus formas.

Aunque estas perfecciones plásticas iban viniendo á menos, no por esto dejaba de ser la señora Bobino un bocado muy agradable, que de buena gana hubiera comido el bebedor desconocido, segun brillaron sus pupilas al verla entrar.

La señora Bobino habia conservado hábitos de crápula de los tiempos del barrio latino y de la Closerie, muy en boga en la época de sus debuts, pero que contrastaban terriblemente con su nueva pretension de figurar en *un género distinguido*.

Durante la cena guardó mucha formalidad, representando el papel de gran señora con una admirable seriedad y con íntima conviccion, imponiendo trabas á la alegría que experimentaban aquellos jóvenes comensales; pero á los postres (y con ayuda del Champagne) se dejó llevar de su natural manera de ser, y empezó á gritar, bebebiendo en todos los vasos, tuteando á todo el mundo y dando golpecitos en todos

los vientres que encontraba al alcace de su mano; se subió en la mesa, y enseñando las ligas se puso á bailar un paso de cancan, acompañándose con una cancion algo picante que estaba en boga en sus buenos tiempos.

—Yo he conocido mujeres de mundo—decia Begourde,—he conocido marquesas, pero eso no es serlo.

Y en efecto, tenia razon; aquello no era serlo.

XXXIII

No nos atrevemos á decir lo que la señora Bobino comió y bebió, porque queremos encerrarnos dentro del límite de lo verosímil; pero sí indicaremos que los demas convidados, estimulados por el ejemplo, la imitaron en su conducta y hasta la aventajaron.

Los inanimados restos de Gargantúa debieron estremecerse de alegria en su ignorada tumba.

La cena duró hasta la una, en que Begourde tomó la palabra y dijo antes de salir:

—Queridos amigos y buenos compañeros: no hay buen libro ni fiesta buena que no tenga

una segunda edicion; quedais todos citados para mañana, ó mejor dicho para hoy, puesto que ya han dado las doce: á las tres de la tarde en la isla de la *Grand-Jatte*. Este es el programa: oid, divertimiento musical á toda orquesta, paseo en barquilla por el rio, pesca con caña y un magnífico baño los que gusten, para lo cual me encargo de los calzones; festin de Baltasar en casa de de *Canard*, buenos vinos y licores variados á discrecion, y como fin de fiesta irrupcion general en la *Reiue Blanche*, mientras que nuestra hermosa Celanire entusiasmará al público con su papel de marquesa, en el cual se muestra tan dramática y tan distinguida.

La invitacion de Héctor tuvo un éxito colosal.

Salieron todos de la cerveceria, y Begourde dió el brazo á la señora Bobino para acompar-la á su casa, viendo con disgusto que el bebedor desconocido se disponía á seguirle; á punto estuvo de empuñar su boj é irse derecho hácia el importuno para darle una leccion de prudencia; vió pasar un coche desalquilado, y teniendo en cuenta que su bolsillo estaba por entonces bien repleto, no titubeó en hacer este nuevo gasto, haciendo subir á la señora Bobino; y haciéndolo él trás ella, dió unas señas fingidas al cochero.

Si era en verdad un espía aquel hombre, no